

En torno a la situación analítica y su construcción en la “situación” actual

Berta Mantykow de Sola

En esta presentación mi interés está dirigido a intentar dar algún tipo de respuesta a interrogantes frecuentes que nos presenta la clínica psicoanalítica con adolescentes en las últimas décadas. ¿Cómo asegurar aquello que consideramos lo *permanente* y cómo dar cuenta de lo nuevo que lleva a la producción de *cambios*?

Un metacontexto regulado por otras lógicas nos ha enfrentado a fijar otras variables, nuevas formas duraderas, que necesitan ser pautadas, consensuadas y coherentes para constituir la situación analítica, en esta nueva “situación” en que se realiza nuestra práctica. Pensar a los obstáculos y posibilidades como términos en un permanente fluir, nos permiten pautar de forma singular y de *situación en situación* las condiciones que hagan posible la *construcción* de una situación analítica habitable, que todo proceso analítico necesita para su desarrollo. Surge entonces, a partir de revisar el propio trabajo realizado, la necesidad de conceptualizar acerca de lo *permanente* y de lo que viene *cambiando* en la práctica psicoanalítica actual. Evidentemente el tema no resulta indiferente ya que en sus alcances pone en cuestión largas controversias acerca de psicoanálisis-psicoterapias psicoanalíticas.

A qué cambios me refiero? Para ello voy a presentar una viñeta clínica:

Ana: *tiene 15 años y es traída a la consulta por sus padres ya que temen que su hija pierda el año. Están preocupados por la actitud de indiferencia de Ana ante lo que sucede. Por sus continuas inasistencias está por perder su condición de alumna regular de tercer año del colegio secundario, y existe la posibilidad de que pueda repetir el*

mismo, dado el número alto de materias desaprobadas hacia el final del segundo trimestre del año. Ana dice no entender la angustia de sus padres y sus quejas de que nada le interesa, de su indiferencia, de cómo usa su tiempo, el “chatear” hasta altas horas de la noche con sus amigos y.... Supone que podrá tener una reincorporación y cree que podrá rendir finalmente casi todas las materias con la posibilidad de quedar con una o dos previas, como le sucedió el año anterior. Ella prefería a pesar de los riesgos usar su “tiempo” de otra manera “Voy porque ellos quieren y la paso bien con los chicos pero... no me gusta nada de lo que me dan para estudiar y entonces mejor dejo todo para el final y veo qué pasa.”

Aceptó comenzar un tratamiento con una frecuencia de dos sesiones semanales sin demasiado convencimiento y resultó todo un desafío fijar los días y horarios de las mismas dadas sus múltiples actividades (ir de los profesores para preparar las materias) y la distancia “alejada” según ella creía, había entre los lugares a los que concurría y mi consultorio. Al finalizar el proceso diagnóstico y antes de comenzar el tratamiento, una vez acordadas las condiciones del mismo con los padres, le explicité la regla fundamental, los días, horarios y duración de las sesiones y la posibilidad del uso del diván como el mejor modo para el trabajo que íbamos a iniciar. En ese momento sólo mencioné que tendríamos una interrupción prolongada para la época de las vacaciones y que al aproximarse las mismas precisaríamos, si no hubiera coincidencias, las condiciones en cuanto al tiempo—acordado entre ambas con anterioridad—, y que no cobraría los honorarios correspondientes a ese período prefijado. Esta formulación es la que he encontrado como más adecuada hasta el momento actual.

Al llegar a su primera sesión se sienta sin dudar en el diván y me dice luego de quedarse en silencio unos momentos: “de lo que me dijiste el otro día me quedó lo de los cincuenta minutos. Yo sé por amigas que hay psicólogos que te dan treinta minutos y otros que te cortan en cualquier momento. Me imagino que los que te dan menos por ahí es porque te cobran menos, los que cortan... bueno... que se yo, ¿pero vos por qué das cincuenta minutos?”

Me sorprendió la pregunta, y más allá de las posibles significaciones de este inicio de una primera sesión de análisis, decidí adecuado responderle: que era un tiempo con el que estaba habituada a trabajar y que por esa experiencia era un tiempo que consideraba suficiente y el mejor para desarrollar el trabajo que iniciába-

mos, aunque por cierto según ella lo había comentado, parecía no ser la única forma de hacerlo.

El interrogante planteado, más allá de desplegar su problemática acerca del tiempo y de las distancias, como luego se fue desarrollando a lo largo del proceso, me hizo pensar durante la sesión con Ana que podríamos trabajar analíticamente, algo la interrogaba, “le interesaba” Ya fuera de la sesión me quedé pensando en la pregunta y también en mi propia respuesta. Volveremos más adelante a encontrarnos con Ana.

A partir de este fragmento de sesión es posible notar algunos de los cambios con los que nos hemos ido encontrando: el tuteo es lo habitual, el uso del diván no es una constante, hay una mayor participación de los padres —ya no sólo para realizar el diagnóstico y formalizar el contrato— sino también para poder en ocasiones establecer la situación analítica misma y/o realizar entrevistas vinculares o familiares ante distintas eventualidades.

La duración de los tratamientos, la frecuencia y duración de las sesiones, los cambios de horarios, los modos diversos de pautar los honorarios, las interrupciones —vacaciones, viajes de egresados, visitas a padres que viven fuera del país—, el uso de e-mails, y entre muchos otros posibles el uso o no de celulares en sesión. Estos temas resultan conocidos y no sólo con pacientes adolescentes.

Ante estos cambios o requerimientos cada analista ha encontrado o va encontrando modalidades que cree conveniente instrumentar. No es mi idea proponer generalizaciones, nuevas prescripciones o prohibiciones, sino sólo invitar a que cada analista pueda encontrar algún “por qué” acerca de lo que hace.

En nuestra praxis actual, lo nuevo que nos cuestiona son las profundas transformaciones devenidas en la constitución subjetiva a partir de los cambios socio políticos, culturales y económicos propios de una época —posmodernidad— caracterizada por Zygmunt Bauman en su libro *Modernidad Líquida* (2002)¹ como época “de inseguridad (de nuestra posición, de nuestros derechos y medios de subsistencia), de incertidumbre (de nuestra continuidad y futura estabilidad) y de desprotección (del propio cuerpo, del propio ser y de sus extensiones: posesiones, vecindario, comunidad). La *precariedad* es el signo de la condición que precede a todo lo demás: los

¹ Z. Bauman (2000) *Modernidad Líquida*, primera edición.

medios de subsistencia, en particular los que dependen del trabajo y el empleo. En el mundo del desempleo estructural nadie puede sentirse verdaderamente seguro.”

Kuras de Mauer, S., Moscona, S., Resnizky, S. en su trabajo “La angustia en la cultura del malestar” (2000), señalan las características de vacío, soledad, aislamiento y desamparo del sujeto actual, en un mundo sin certezas ni referentes claros, con precariedad de recursos simbólicos, donde “Se vive el presente poniéndose entre paréntesis al futuro. El pasado es devaluado, en la medida en que se busca abandonar las tradiciones y las pertenencias, e instituir una sociedad sin anclajes, indiferente al tiempo histórico.”

Si la “fluidez” o la “liquidez” son metáforas adecuadas para aprehender la naturaleza de la fase actual y *el cambio en la relación entre el espacio y el tiempo*, es un rasgo de la misma que sobresale particularmente, como “*diferencia que hace toda la diferencia*” (Bauman, Z. *ibid*), resulta necesario volver a pensar desde estas nuevas perspectivas, nuestras propuestas acerca del contrato que incluyen las “*cláusulas fundamentales que (apuntan)... a la regla fundamental*: el uso del diván y el intercambio de tiempo y dinero, esto es, frecuencia y duración de las sesiones, ritmo semanal y vacaciones.” (H. Etchegoyen, 1986)

En épocas donde “la responsabilidad, los compromisos inquebrantables, respecto de tiempos y espacios resultan aparentemente impedimentos para adecuarse a una vida organizada en torno del consumo, que debe arreglárselas sin normas”, nuestros requerimientos de *espacios y tiempos*—como *puntos sólidos* en nuestro quehacer— para pensar acerca de lo desconocido que nos habita y determina; parecen alejarse de la necesidad actual de estar “siempre listos” o “estar en forma” o “más enterados”. La posibilidad de interrogación o de establecer vínculos emocionales de intimidad parecen todo un desafío, cuando “la huída y la capacidad de evitar, parecen imponerse en los lazos entre sujetos como estrategias de poder” (Z. Bauman, 2002 *ibid*).

Este escenario nos enfrenta con la necesidad de pensar acerca de los cambios que venimos instrumentando. Creo que revisar y volver a pensar acerca de la Situación Analítica, colocando el énfasis en el término “*situación*” puede contribuir a despejar algunos de los términos del conflicto planteado entre ciertos “ideales” acerca de la mejor forma de llevar adelante un análisis y las maneras en que podemos hacerlo en el presente. Mi hipótesis se dirige a considerar este problema.

Creo que los *cambios* son necesarios, no sólo para hacer posible la práctica del psicoanálisis en la actualidad, sino y particularmente, para que nuestra propuesta del contrato, parte del encuadre, *no conduzca a distorsiones de sentido o se vuelva depositario de ansiedades que queden ocultas* a la exploración, durante el proceso.

Por ello de los distintos contextos en que se desarrolla el proceso terapéutico, me interesa considerar en particular, el *juego entre el contexto-encuadre y el metacontexto-metaencuadre, o contexto amplio, a partir del contrato como un articulador entre ambos*.

Otro objetivo más general de esta comunicación, es señalar que desde los inicios de la práctica psicoanalítica, donde la formulación del contrato—sus estipulaciones—parecían ser garantes para la puesta en práctica de la regla fundamental y como tal constituirse en encuadre—marco—del proceso, pasó a ser necesario reconocer que los términos contrato y encuadre se fueron diferenciando a partir de la complejización de sentidos que éste último fue adquiriendo, producto de los nuevos enfoques teóricos y contextuales.

Para una mayor claridad en la presentación voy a desarrollar el tema en el siguiente orden:

I Acerca del encuadre; II Elasticidad del encuadre; III Plasticidad del encuadre, intentando en cada uno de los apartados correlacionar algunas conceptualizaciones acerca del encuadre realizadas por distintos autores psicoanalíticos, con el imaginario social del momento en que las mismas surgieron, intentando esbozar los mundos posibles en los cuales el proceso adolescente ha transcurrido o viene transcurriendo.

I. ACERCA DEL ENCUADRE

S. Freud formula las bases teóricas del contrato, sus normas, en sus artículos de Consejos al médico de 1912 y en el de Iniciación de tratamiento de 1913, con lo que se hacía posible el pasaje del procedimiento de investigación a un método terapéutico. H. Etchegoyen (ibid) al referirse a estos trabajos define al contrato como un “ponerse de acuerdo sobre las bases o condiciones del tratamiento”, es decir las “*cláusulas fundamentales que (apuntan)... a la regla fundamental*”: asociación libre, atención flotante y la observancia de la regla de abstinencia por el analista. El método propuesto para la

investigación del inconsciente, daba cuenta no sólo de la cultura de la represión propias de la moral victoriana donde surge el descubrimiento freudiano del inconsciente, sino también del “contexto positivista de la Modernidad, con su propuesta de universalidad, donde el sujeto es considerado centro de todas las conflictivas que encuentran su fundamento, en la represión de la sexualidad infantil, ligada en una trama familiar –el complejo de Edipo– a la que es necesaria acceder por medio de una técnica” (Barugel, N., 2007).

Señala J. L. Donnet en su ponencia “De la Regla Fundamental a la Situación Analizante” (2001) que en los comienzos del psicoanálisis la técnica propuesta se correspondía con el contexto científico de la época, “había un objeto fijo a investigar –sueños, lapsus, actos fallidos, etc.– que trae el paciente y un investigador que devela el sentido de lo que está reprimido”.

Dice Raúl Levín en su trabajo “La sexualidad infantil en el contexto del descubrimiento Freudiano y en la actualidad” (2004), que “...La familia ampliada (tíos, primos, abuelos, etc., más sirvientes, educadores etc., clásicos agentes de seducción del niño) se reduce a la familia nuclear, restringida. La sexualidad de los hijos ... queda bajo la responsabilidad de los padres, y se constituye en la causa y a la vez en el cimiento sobre el que se erige esta nueva modalidad de estructura familiar” y agrega que “la posibilidad de pensar la ‘familia nuclear’ no sólo de acuerdo con un cuerpo de producción en relación con las ideas vigentes de progreso industrial y financiero, ...(permitió también)... suponer un cuerpo de producción de interrogantes y subjetividad a partir del enigma sobre el poder de la sexualidad infantil.”

Los adolescentes en los comienzos del siglo XX se encontraron con un imaginario social donde “la sexualidad se iniciaba en la pubertad, había dos sexos bien diferenciados, donde el fin último era la reproducción para preservar la especie....(y)... que todo aquello que se alejara de la reproducción, entraba dentro del campo de las aberraciones sexuales, y que lo que al devenir consciente pusiera en cuestión la moral victoriana con su concepción del amor claramente separado del erotismo, del cuerpo, daba lugar a las neurosis: como expresión encubierta de una sexualidad infantil conflictiva no sólo por la sociedad en que surgen, sino por estar procesada en el contexto intrafamiliar” tal como lo expresa (Moguillansky, R., 2007), en su trabajo “La sexualidad y los enunciados de fundamento de la cultura”.

La propuesta de la regla fundamental y las características de las cláusulas que formula S. Freud en 1912 y 1913 diseñan entonces un dispositivo adecuado con el espíritu de la época.

Nuestra experiencia como analizados y como analistas evidencian que el espíritu de lo pactado en el contrato continúa vigente, en cuanto posibilitan la puesta en práctica de la regla fundamental –asociación libre, atención flotante– portadores de una ética mediatizada por la regla de abstinencia; es lo *permanente*, ya que asegura el desarrollo de un proceso analítico en el que la evolución de la transferencia y contratransferencia permitirá al paciente un conocimiento particular de sí mismo como *sujeto dividido*.

Pero los *cambios* con que nos encontramos (Etchegoyen, *ibid*),² ¿son sólo de letra?, o ¿necesitan otras perspectivas para su comprensión?

Junto con las transformaciones de las condiciones sociales, culturales y económicas del siglo XX, surgieron nuevas teorías psicoanalíticas que manteniendo lo central de la propuesta freudiana –inconsciente, transferencia, complejo de Edipo– con pluralidad de enfoques y distintos modos de aproximación a la experiencia clínica, hicieron presente la necesidad de revisar temas vinculados al contrato, el encuadre y la situación analítica. Estos términos se van diferenciando y precisando. El encuadre se convierte en marco del proceso y es posible abordar su comprensión desde una “serie de contextos que según su grado de extensión se incluyen unos a otros” (Lieberman, D., 1970) .

Amalia Theodoro de Zirlinger en su trabajo de investigación clínico teórico “La práctica del psicoanálisis en la actualidad” (2006) precisa acerca de esta diferenciación ya que plantea que si bien la teoría psicoanalítica en su conjunto –de manera implícita o explícita–, “es constituyente del encuadre, es necesario no constreñir el concepto de encuadre y no confundir las reglas temporales y el uso del diván, que son sólo una parte del mismo, con su totalidad”.

² Etchegoyen H. (1986, *ibid*) dice que lo importante del contrato “es el espíritu de lo pactado mientras la letra puede variar de acuerdo a la situación con cada paciente y en cada momento”.

II. ELASTICIDAD DEL ENCUADRE ³

Desde la segunda mitad del siglo XX en adelante hubo una importante producción de trabajos acerca del tema a partir del cambio de paradigma que caracterizó a la modernidad: el imperio de la razón. El mayo francés de 1968, que tuvo a los adolescentes entre sus principales actores, introdujo profundos cambios, que han devenido en la constitución de una *otra* organización cultural, política, social y económica⁴ (Lewkowicz, I., 2004).

En este apartado y a los fines de una mejor comprensión voy a describir dos períodos.

II. 1 Primer período:

Para su descripción voy a considerar en particular trabajos provenientes de autores argentinos, que intentaban dar cuenta desde distintas aproximaciones, tanto de lo permanente, como conceptualizar los cambios que las teorías y la situación iban planteando:

J. Bleger en “Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico” (1967)⁵ delimita el concepto de encuadre –como el no proceso– dentro de la situación analítica, hace un significativo aporte al señalar que las características del mismo permiten considerarlo como una institución, marco sobre el que se construye parte de la identidad del sujeto y que en la inmovilidad del encuadre se depositan y pueden resultar mudas ansiedades psicóticas; J. Zac en “Un enfoque metodológico del encuadre” (1971)⁶ intenta conceptualizar a partir de lo que denomina variables relativas la influencia en la situación analítica de

³ Tomo esta denominación para hacer referencia a aquellas modificaciones del encuadre que suponen que “luego de la deformación producto de una tensión particular cabe la expectativa de un retorno a su forma original” (*Diccionario Enciclopédico*, 2000).

⁴ I. Lewkowicz (2004) *Pensar sin Estado*. “El mayo francés de 1968 inaugura un pensamiento y subjetividad antiestatales, que devino en posmodernidad”.

⁵ J. Bleger (1967) plantea que la situación analítica incluye un proceso, y un no proceso: el encuadre –con sus constantes (rol del analista, factores espacio temporales y parte de la técnica)–, resultando aleatoria la división entre las mismas ya que por definición tomamos por constantes las *variables que mejor nos parecen*, situación que también surge en la misma práctica pues a veces las constantes se alteran y pasan a ser variables: el marco se convierte en proceso.

⁶ J. Zac (1971) considera al proceso y al encuadre como un conjunto de fenómenos que si bien poseen propiedades distintas, están incluidos dentro de la situación analítica. De su estudio de las variables del encuadre las divide en absolutas –teorías psicoanalíticas– y relativas –características del analista, del paciente, de la pareja analítica y del entorno.

las características de la persona real del analista, del paciente, de la pareja analítica y del entorno; D. Liberman (1970, *ibid*)⁷ considera que el encuadre se mantiene más o menos constante para el analista pero no para el paciente y avanza con sagacidad al proponer a partir de los efectos de los cambios económicos surgidos en el país (inflación) que es necesario considerar *la situación analítica* como abarcando el conjunto de sucesos por los que atraviesa “la humanidad, el país, la ciudad, la zona misma donde el psicoanalista lleva a cabo el tratamiento”. Liberman denomina *contexto amplio* a este aspecto de la situación analítica y lo define como *metaencuadre de la tarea*. Señala que cualquier cambio que sobrevenga en el mismo, que “no permita conservar inconscientemente la estabilidad del encuadre analítico en ambos participantes, requiere que *el analista se (haga) cargo de abordar problemas técnicos...* ..para encarar una situación inabordable en forma indirecta por cualquier interpretación”. Etchegoyen, H. (1986, *ibid*) dice que “el encuadre recibe influencias del medio social en que el tratamiento se desarrolla. Esto es *inevitable y también conveniente* ...(y)... debe legítimamente modificarse a partir de los elementos de la realidad a la que en última instancia pertenece”.

En este período aún los adolescentes podían encontrar en la sociedad ciertos puntos de referencia, consistentes, sólidos, desde los cuales orientarse dado que había una cierta correspondencia entre los valores de la familia, la escuela y el trabajo y las normas dictadas desde el Estado, los poderes públicos y las instituciones encargadas de hacerlas cumplir (lógicamente estas características fueron puestas en cuestión, en crisis, con la llegada del Proceso en 1976). Todo ello era productor de una lógica que brindaba la posibilidad de establecer un contrato al iniciar un tratamiento, que en su mantenimiento se constituía en marco del proceso y donde las posibles modificaciones que sobrevenían tenían como supuesto un retorno a su forma original.

Miguel Leivi en su trabajo “Para un psicoanálisis del proceso psicoanalítico: encuadre proceso y no proceso” (2002)⁸ señala que

⁷ D. Liberman (1970) a partir de un enfoque interaccional entre paciente y analista señala que el contexto encuadre incluye un tipo peculiar de diálogo, diálogo asimétrico como definitorio del mismo, señalando que el encuadre puede ser considerado como un conjunto de señales a los que el paciente otorga diferentes mensajes a lo largo del proceso.

⁸ Miguel Leivi (2002) precisa que el “dispositivo analítico está organizado de modo que... (la) emergencia (del inconciente, y sus derivados) ...se produzca sólo en el plano de las palabras, y

“Junto a (las reglas que no admiten variación posible) todo el resto de las regulaciones —que no son, por cierto, en absoluto indiferentes— están destinadas a hacer el trabajo analítico más favorable, más eficiente, incluso más confortable; muchas veces, simplemente a hacerlo posible..... en forma secundaria, ... (ya que) favorecen el funcionamiento (de) las reglas fundamentales. En tanto no hacen a los fundamentos del método, pueden variar de analista en analista, de caso en caso en una u otra situación., ...o pueden variar por razones extrínsecas: no es lo mejor, pero es perfectamente concebible que se pueda trabajar en condiciones poco favorables, incluso precarias, pero aún dentro del método psicoanalítico, siempre que sus fundamentos sean conservados.... esta perspectiva debería ser particularmente tomada en cuenta en las condiciones en que nuestra práctica se desenvuelve en la actualidad del incipiente siglo XXI.”

R. Carlino en su trabajo “Fronteras de Llegada vs. Fronteras de Salida” (2002)⁹ reflexiona sobre los alcances de los cambios introducidos en el contrato, originados a partir de la crisis del 2001 en el país, y señala la necesidad de adecuar a ciertas circunstancias y posibilidades algunas premisas para poder implementar un “psicoanálisis posible, coherente y adecuado”.

II. 2 Segundo período

Las transformaciones del metacontexto de este nuevo período propuesto, quedan adecuadamente reflejadas en ciertas descripciones que hacen C. Ríos y R. Moguillansky. Las mismas pudieron ir plasmándose en nuestra práctica a partir del encuentro con nuevas teorías acerca del encuadre que brindaron, desde mi perspectiva, la posibilidad de ir construyendo encuadres dotados de mayor elasticidad.

sus reglas buscan organizar el particular diálogo en que consiste el análisis, repartiendo asimétricamente los lugares entre ambos sujetos: el que habla (asociación libre) el que escucha (atención flotante). Son estas reglas las que, ...no admiten variación posible, ya que hacen a lo fundamental del método.

⁹ R. Carlino (2002) expresa a partir de su experiencia clínica que “queda ... como tarea ... para poner en marcha un proceso clínico el ir construyendo, ... un marco con la suficiente plasticidad como para que la tensión producida por la marcha del proceso se pueda dar sin que se pierda la condición de marcar un límite perimetral”.

C. Ríos en su Relato “Identidad Amenazada” (1997)¹⁰ planteaba como hipótesis que los cambios que ponían en crisis a nuestra identidad como psicoanalistas, estaban en relación con la pérdida de los valores de la modernidad y al examinar sus causas desde distintas perspectivas y considerar también sus posibles efectos, advierte la posibilidad de una “modificación radical de la estructura familiar tradicional”.

Rodolfo Moguillansky (2007, *ibid*)¹¹ plantea que en la segunda mitad del siglo XX tienen origen nuevas subjetividades, nuevos lazos sociales y amorosos que dan lugar a nuevas prácticas de la sexualidad y tipos de sexualidades y a una “consolidación del enamoramiento alejándose de la reproducción”.

Entre los valores de la modernidad perdidos, nos encontramos con que las instituciones –la familia es una de ellas, pero no la única– y los nuevos lazos sociales y amorosos, donde se instala la problemática de sexo y género, impactan e imprimen nuevas marcas en la constitución de la subjetividad adolescente.

Las descripciones anteriores intentan dar cuenta desde distintas perspectivas de las novedades que los adolescentes nos iban y van presentando en la práctica: los problemas de sexo género, su inclusión en nuevos tipos de familia, donde lo nuevo no sólo ha sido el tipo de vinculación entre sus integrantes, sino también los efectos que el desempleo estructural ha producido en las mismas, junto a la aparición de nuevos modos en la atención de la salud que pusieron en cuestión no sólo la manera de pautar el contrato respecto de honora-

¹⁰ C. Ríos en su Relato “Identidad Amenazada”, planteaba como hipótesis que “estamos actualmente en una situación de crisis. Alguien nos ha abandonado...: son los valores de la modernidad.” Examina sus posibles causas recorriendo “los hechos político-sociales,... los cambios en el arte y la cultura ...los avances en las ciencias... la informática y la tecnología, ...la biogenética y sobre todo... las técnicas de reproducción asistida o reemplazada, que hacen potencialmente factible la posibilidad de una modificación radical de la estructura de la familia tradicional, nucleada alrededor de una pareja heterosexual y su descendencia, con sus directas implicancias para la cultura y la ética.”

¹¹ Rodolfo Moguillansky (2007, *Ibid*) señala que “El desafío es enorme, nuestra teoría y nuestro dispositivo tendrá que tener, en ‘el nuevo entresuelo’ la elasticidad de contener la sexualidad moderna en la que nos criamos y relacionamos, junto a una sexualidad que, con novedosas formas adquiere cada vez mayor presencia, sin por eso perder el valor normativo y encauzador de la interdicción del incesto en tanto fundamento de ideales.”

rios y frecuencia de sesiones, sino también las vías utilizadas para hacerlo. Veamos:

Una colega en el curso de una supervisión se interroga acerca de una toma de posición a la que se ve enfrentada ante la consulta de Violeta: que tiene 19 años y refiere sentirse deprimida y con dificultades para la elección de una carrera corta con salida laboral. En su relato aparece sin ser problemático para ella el consumo de drogas –especialmente alcohol– ligados a la ruptura reciente de una relación amorosa. Refiere vivir con su madre que es profesional y una amiga de ésta y sus hermanos. Su padre desde hace ya varios años luego de haber perdido su trabajo en una empresa multinacional en el país dado el traslado de la misma, reside en un país vecino donde su profesión le permite tener recursos para sostener económicamente a la familia. En la entrevista de la colega con la madre ésta le refiere que si bien está separada del esposo y está en “pareja” con su amiga, ambos hechos no han sido oficializados en la familia. Aclara que ella no cuenta con recursos para pagar el tratamiento pero que el padre piensa hacerlo ya que él y Violeta no quieren recurrir al sistema de atención de la Pre-paga a la que pertenecen.

La colega encuentra varios llamados del padre en su contestador telefónico del consultorio. Dados los desencuentros, éste le envía un e-mail solicitándole le informe en qué consiste la enfermedad de su hija y el tratamiento. Le anticipa que sus contratos de trabajo desde hace años son de duración limitada. En ese momento su contrato era de seis meses pero supone que podrá renovarlo. Manifiesta que piensa hacerse cargo del tratamiento de su hija y que se compromete a que en la próxima oportunidad en que esté en Buenos Aires conocería personalmente a la terapeuta. La analista le envía como respuesta un e-mail ofreciéndole solamente varios horarios para sostener una comunicación telefónica ya que no le parecía correcto y tampoco sabía cómo hacerlo, el dar toda la información requerida por el padre vía e-mail.

¿Era posible y conveniente, considerando la complejidad de la estructura familiar y la patología de Violeta, establecer un contrato para iniciar un tratamiento, vía e-mail o telefónicamente con un papá que vive en el extranjero y tiene un trabajo estable sólo por seis meses? ¿No sería mejor tomar en cuenta la propuesta de la madre y recomendar que Violeta iniciara un tratamiento en la Pre-paga, que si bien podría ofrecerle un contexto institucional aparentemente más estable para hacerlo, el mismo sin embargo tenía características de

contrato semejantes a las que le ofrecía su propio contexto familiar?

Evidentemente cada analista podrá a partir de distintas conjeturas llegar a distintas tomas de posición, pero seguramente ninguna de éstas u otras posibles serán sencillas de tomar o resultarán indiferentes en cuanto a sus alcances.

Estos cambios nos llevaron también a acompañar a nuestros pacientes adolescentes en su migración por distintas escuelas o universidades ante las dificultades económicas de los padres o de las propias entidades. Los cambios de horarios se hicieron frecuentes teniendo como punto de partida las distintas maneras de considerar las distancias y los tiempos tanto como las nuevas reglas de juego del conjunto social y sus instituciones. Ir a posibles encuentros con la “vocación” se hizo una tarea ardua para cualquier adolescente ya que una oferta permanentemente en expansión de nuevas carreras de corta duración y la búsqueda de aquellas con presunta salida laboral, más que despertar intereses propios de ese momento evolutivo muchas veces los alejan de los mismos. La violencia social, las drogas, los medios de comunicación masivos, las nuevas formas de sexualidad, el “toco y me voy” descriptas por Z. Bauman en su libro *El Amor líquido*¹² y los abusos que el poder fue instalando hizo visible no sólo otras vicisitudes del devenir adolescente sino también la aparición de distintas adolescencias.

Juan: comenzó su tratamiento a los 24 años por su falta de interés generalizado, se sentía “aburrido, vacío, diluido”, su entretenimiento máspreciado luego del gimnasio era “que llegue la noche para meterme en los jueguitos en la P C”. Esto le traía problemas en su actividad profesional recién iniciada y reiteradas quejas por no poder establecer relaciones amorosas duraderas. Durante su tratamiento, que comenzó con una frecuencia de dos sesiones semanales, eran frecuentes sus ausencias siempre con avisos de último momento y el pedido de reducción de sesiones, “de qué hablar... si siempre me pasa lo mismo” mientras describía una y otra vez encuentros y conquistas de hermosas muchachas que lo dejaban “diluido”.

En una sesión luego de un par de meses de tratamiento en que no acepté cambios en la frecuencia de sesiones incluso ante la posibi-

¹² Z. Bauman en su libro *Amor Líquido* (2003) hace un análisis de los “riesgos y angustias” que depara el vivir juntos o separados y la fragilidad de los vínculos amorosos.

lidad de interrupción del mismo, llega Juan y me dice refiriéndose al encuentro del último fin de semana: “Otra vez café Dolca”, le pregunto por qué? Me contesta “porque quedas diluido, es una salida instantánea y chau”.

Varios meses después y a raíz de una reestructuración en su trabajo –que si bien no lo afectó directamente–, le produjo una intensa crisis de confiabilidad en sus certezas acerca de sus posibilidades como “joven profesional de una empresa multinacional”. El insomnio y la ansiedad lo llevaron a solicitar una tercera sesión.

Posteriormente ya en el segundo año de su análisis (donde la insistencia de reducir las sesiones si bien no habían desaparecido sí se habían espaciado) me dice en una sesión quejándose del último encuentro que “Estoy podrido ...vino M. y se trajo un cepillo de dientes y una crema ...nada que ver..., yo no quiero que se instale en casa”.

Luego de relatar los detalles de la discusión y de la posible ruptura que preparaba, me dice “estoy pensando en buscarme una ‘chica café a la turca’ pero ¿cómo o dónde?... desde hace un tiempito tengo la ilusión de encontrarla”.... Y agrega en el transcurrir de la sesión “...es difícil, ya que el café a la turca necesita de tiempo, de un café especial y además deja una borra en el fondo de la taza que, según dicen, hay minas que saben leerlo.”

Más allá de los posibles significados transferenciales de lo expresado por Juan en cada una de esas sesiones, es evidente que el sentido del encuadre se iba modificando para él, tanto como las expectativas respecto de un nuevo tipo de vinculación amorosa.

El cambio radical de las reglas de juego del metacontexto nos enfrentó que no siempre “febrero” o cualquier otro mes, podía instituirse de una vez y para siempre como la interrupción más prolongada al formular el contrato. Esto nos llevó a introducir cambios en nuestro contrato y a formularnos lógicamente nuevos interrogantes: ¿reposición de sesiones, dejar librado al “análisis” el pago o no de esas sesiones, a los padres, no cobrarlas, cambiar nuestra época de vacaciones o...? Y sobre todo preguntarnos ¿cuándo estamos frente a un *acting out* o ante una actuación contratransferencial? La delimitación de un adentro y un afuera en el mundo interno, necesitan también de referentes claros de espacio y tiempo en el mundo externo. Sabemos que la acción en la adolescencia constituye una manera de expresión privilegiada de sus ansiedades y conflictos.

Se vuelve necesario entonces, encontrar parámetros adecuados para definir esas vicisitudes del proceso. Más adelante volveremos sobre este tema junto con Ana.

Nos es conocido que los adolescentes, al estar enfrentados en su necesaria búsqueda de identidad personal y pertenencia social, son tal vez los primeros en señalar las posibles contradicciones entre el encuadre propuesto y el metacontexto en que desarrollamos nuestra tarea y ellas tienden a encontrar una forma de expresión en el encuadre con el que llevamos adelante el proceso analítico.

Son los principales protagonistas de lo nuevo que va deviniendo: los adolescentes en el mayo francés de 1968, los desaparecidos de la época del Proceso, Cromañón del 2004, el marzo francés del 2006, el adolescente que muere en una puja entre dos grupos púberes y la presencia de un representante de una institución –la policía– en abril del 2006.

Lula y el viaje de egresados: tiene 17 años y en una sesión comenta que no comprende al colegio y al ministerio. Una compañera, cuyos padres no podían pagarle el viaje, razón por la cual entre todos los compañeros habían decidido hacerse cargo de los costos del mismo, con lo que habían recaudado en las fiestas del quinto año, igual no iba a poder ir. El motivo era que por las faltas se iba a quedar nuevamente libre y el ministerio si no es por enfermedad no lo considera. Se queja e interroga por qué, si los viajes de egresados son algo instituido desde que se ingresa al colegio, donde los padres y las autoridades lo saben y apoyan y “¡es parte de ser de quinto!” cuando llega el momento hacen la “vista gorda”. Me dice: “si estás en Bariloche, no estás en Buenos Aires ¿no? A menos que crean que una es virtual y vía Internet estas en cualquier lado simultáneamente”. Según ella las cosas deberían ser: “si estás en Bariloche estás presente—fundamenta este parecer en que muchas veces en el colegio los llevan al teatro o van de campamento y no se registran como ausencias. Si te quedas en Buenos Aires y vas al colegio estás presente y si te quedas en Buenos Aires y no vas a Bariloche y no vas al colegio entonces estas ausente”.

Esta situación nos enfrenta no sólo con las angustias de separación en el análisis y la finalización de la secundaria de Lula sino también con el imaginario social en que estamos insertos. Esto requiere de una toma de posición de cada analista, con los pacientes y sus padres. Esta toma de posición se verá reflejada en la manera

de pautar los honorarios en relación a las mismas. ¿Cobrarlos, cobrar la mitad de los honorarios, no cobrarlos, reposición de algunas sesiones...?

En este transcurrir temporal y los cambios contextuales mencionados, los adolescentes pasan a vivir en otra lógica y el encuadre propuesto, necesario instrumento de nuestro quehacer, parecía devenir en su uso, en un *encuadre preformado*.

Nuevos aportes, desde distintas latitudes y posturas teóricas, enriquecieron el tema en consideración. Según entiendo, los mismos permitieron ampliar el concepto de encuadre, siendo el contrato diferenciado como parte del mismo y a partir del cuál pudimos introducir los cambios necesarios en función del nuevo metacontexto, sin alejarnos de la práctica del psicoanálisis. Entre una enorme y variada producción voy a poner en consideración:

II. 2 a La creación del encuadre

D. Meltzer, autor seriamente preocupado en el logro de relaciones de intimidad en el contexto de la sesión, también intenta trazar las vinculaciones o implicancias de la visión psicoanalítica del individuo en relación con la estructura social; “donde impera lo contractual, lo adhesivo y el aprender acerca de las cosas”. Esto es precisamente lo que estudia en su libro *Familia y Comunidad* junto a M. Harris (1990).

Su sensibilidad e intuición, lo encaminan a despejar transferencias preformadas y a crear un encuadre que delimite un espacio y un tiempo –la sesión– donde el clima emocional de esperanza, de creatividad y tolerancia al dolor mental permita la incertidumbre y la tolerancia a lo desconocido, necesarios para aprender de la experiencia emocional.

En su libro el *Proceso Psicoanalítico* (1967) desarrolla el tema de la *creación del encuadre*, señalando que el factor más importante del mismo es el estado de la mente del analista y el clima emocional de intimidad que es capaz de crear y mantener en su consultorio, privilegiando la estabilidad y la simplicidad para lograr la cooperación del paciente en la tarea. Señala que es el arte del analista, su presencia junto a su manera de presentar el análisis, controlar el encuadre y su particular modo de manejar los problemas del mismo con cada paciente, lo que llevará a la modulación de la ansiedad y permitirá la evolución de la transferencia.

En sus aportes sobre la adolescencia —que se iniciaron alrededor de 1970 con los Seminarios de Novara, y continuaron alrededor de 25 años como él mismo lo dice en la introducción de su libro *Adolescentes*— Meltzer que pone el énfasis en el conocimiento versus las confusiones que la reactualización de la situación edípica trae en la adolescencia entendida como un estado mental, también incluye los distintos mundos en los que vive el adolescente tanto en su mundo interno como en los grupos del mundo externo como fuente de nuevas identificaciones y pertenencias. Nos habla de la socialización adolescente, de sus relaciones en el mundo interno y externo con la familia y la comunidad y sus implicancias en la psicopatología de los mismos.

Sus ideas acerca de la actitud analítica y la creación del encuadre, han sido fuente de inspiración no sólo de nuevos trabajos sino que han contribuido particularmente a la adquisición de un *encuadre interno en la mente de cada analista desde donde proponer, sostener y tolerar ciertas modificaciones del contrato, que se volvieron necesarias de instrumentar en nuestra práctica*.

También J. L. Donnet (2001, *ibid*)¹³ a partir de D. Winnicott y de A. Green plantea la creación del encuadre desde otro esquema referencial. Describe al mismo como una complejidad que contiene “La interiorización bilateral de lo que representa simbólicamente, es lo que permite asegurar contra su materialidad, lo vicariante (es decir lo que reemplaza o sustituye) la función tercera (función paterna). Esta estructura es portadora de una posibilidad auto investigadora, proveniente del potencial del encuentro.”

Donnet, evidentemente privilegia, la utilización subjetivada y la configuración singular que cada paciente hace de la propuesta del contrato que formula el analista.

¹³ Donnet (2001) define la situación analítica como el espacio y el tiempo (contrato) en que se desarrolla el encuentro del paciente y el sitio, considerando al mismo como todo lo que se ofrece con la oferta de análisis con el analista en función. Llama situación analizante, a la utilización subjetivada, encontrado creado (paciente analista) de los recursos del sitio, y de la configuración singular que hace del mismo el analizando. Señalando que es esto lo que permite al paciente una auto apropiación del sitio que implica una auto representación del mismo.

II. 2 b Encuadre interno del analista: otros aportes

Es posible conjeturar que trabajos posteriores respecto del encuadre, que proponen una comprensión metapsicológica del mismo, han sido producidos en el contacto con las ideas meltzerianas y las nuevas condiciones en que tuvimos y tenemos que operar.

Estos trabajos basados en las funciones de *“la familia interna”*, descrita por D. Meltzer, señalan cierto tipo específico de fantasías inconscientes en la mente del analista durante su tarea, como sostén metapsicológico: de la regla de abstinencia (Barugel, N.), del encuadre analítico (Ríos, C. y Rimoldi, R.), de la actitud analítica (Fraigne de Gallo, C.; Gallo, A.; Mantykow de Sola, B.)¹⁴

Los mismos hacen depender no sólo de las prescripciones y normas fundamentales del contrato en cuanto apuntan a la regla fundamental, sino que describen una metapsicología que sostiene el encuadre interno del analista, para que éste pueda luego construirlo con cada paciente. Se señala también en ese sentido la responsabilidad del analista ante los posibles obstáculos que puedan devenir en su contratransferencia para sostener su propio encuadre interno.

Los trabajos mencionados según lo entiendo, intentaban dar razones para sostener un encuadre que iba adquiriendo no sólo mayor elasticidad sino también plasticidad, ya que hicieron posible dentro

¹⁴ A) N. Barugel en su trabajo “Orfeo o el no mirarás: algunas reflexiones cerca de la regla de abstinencia” (1994), plantea que el mantenimiento de la misma “está ligado a una fantasía inconsciente basada en una pareja interna con características de fortaleza y con un self dispuesto acatar la ley...”

B) C. Ríos, R. Rimoldi en su trabajo “El objeto combinado y el encuadre” (1995) plantean que el encuadre cumple con varias funciones: 1. contención, 2. función de delimitación, 3. Función simbolizadora, 4. función de contextualización “que permite significar como analíticos, los intercambios entre el paciente y el analista con su tarea. En tanto el paciente pueda aceptar que la relación de fidelidad del analista con sus teorías y su práctica es como una escena primaria que debe ser elaborada para que el análisis sea tal” y 5. función de contrastación: necesidad de establecer constantes que permitan estudiar variables.

En ese trabajo dicen “*Es (la) escena primaria-objeto combinado... lo que le provee (al analista de) un encuadre interno y se transforma en su fuente de inspiración para construirlo con cada paciente.*”

C) Con Alejandro Gallo y M. C. Gallo, planteamos en nuestro trabajo “Encuadre, actitud analítica y contratransferencia” (2004), que el elemento central del encuadre *es el estado mental del analista, su actitud analítica*, y decíamos que “entendíamos a la misma como un conjunto de significados, que circulan en la mente del analista, ... (y) *es esta actitud la que guía la formulación del contrato*,... que consiste en una serie de condiciones y regulaciones cuya función es hacer

de la necesaria relación asimétrica, el poder *pensar juntos* paciente y analista, respecto del –contrato– en cuanto a fijar nuevas variables como constantes.

Alejandra: *de 16 años viene a la consulta en medio de una intensa crisis familiar ya que los padres “han descubierto” y ella admite ser “lesbiana”*.¹⁵ *En ese caos de los inicios incluí en una de sus tres sesiones la presencia de ambos padres en forma regular. –En ocasiones considero que la presencia de los mismos permite ir construyendo una situación analítica habitable para el desarrollo del proceso–. El clima de persecución y control, entre sus infinitas formas, giraba alrededor del uso del celular como manera de instrumentarlos. En la formulación del contrato habitualmente incluía la conveniencia de mantenerlos apagados durante la sesión. (Bauman, ibid)*¹⁶

Por supuesto para Alejandra y sus padres, que luego de un par de meses dejaron de concurrir, no pudo ser tomada en cuenta esta estipulación.

Alejandra hablaba por su celular hasta el momento en que le abría la puerta o bien sonaba en sesión al recibir mensajes de texto. Ella “ponía caras” y en ocasiones se refería al frecuente “robo de

posible la realización del proceso. Esta formulación va a estar naturalmente acotada por las circunstancias de la vida del paciente y por la mayor o menor fijeza (de las ideas previas de ambos participantes) respecto de la naturaleza del trabajo terapéutico”.

Señalábamos que “En (los) momentos previos y luego durante el proceso, cada acto del analista como tal implica una *toma de posición* en la cual su propio mundo interno juega un papel cuyo alcance el mismo analista no conoce totalmente. Es por eso que el *compromiso de responsabilidad por la propia realidad psíquica es una parte fundamental de la actitud analítica*.”

Decíamos alertando respecto del encuadre preformado que “El método puede funcionar como tercero en el proceso en tanto es para el analista una meta a la que aspira, un modelo, producto de ...sus experiencias analíticas,... y (que) también el paciente,...(a medida en que transcurre su análisis) contribuye a sostener (el) encuadre que se vuelve cada vez más continente de las experiencias emocionales en transformación, en el curso” de cada sesión.

“El encuadre preformado, tiene una función defensiva y más que un modelo consiste en una serie de prescripciones destinadas a evitar el contacto emocional del analista consigo mismo y con el paciente. Allí interviene también el peso de la institución Psicoanálisis y prejuicios teóricos sobre las que han de cabalgar conflictos inconscientes no resueltos.”

¹⁵ Mantykow de Sola, Berta, “El Amigo Intimo de la Adolescencia”, *Psicoanálisis*, 1991, Vol XIII N° 3.

¹⁶ Bauman, 2002 “En la práctica el poder se ha vuelto verdaderamente *extraterritorial* y ya no está atado, ni siquiera detenido, por las resistencias del espacio (el advenimiento de los teléfonos celulares puede funcionar como el definitivo ‘golpe fatal’ a la dependencia del espacio)”.

celulares” del contexto. Luego de casi un año de tratamiento comenta que “por descuido se me cayó el celular de mi papá al inodoro del baño, estaba apurada, y es el que estaba usando desde que me robaron el mío. Seguro que ahora me comprará otro, más nuevo, jajá, para mí.”

Las dos viñetas clínicas que presento se dieron con meses de diferencia, entre su segundo y tercer año de análisis.

1º En la sesión anterior a la que pondré en consideración, estuvo pensando y protestando por que en el CBC de la facultad a la que pensaba ingresar le decían que “tienen que estudiar estas leyes aunque después no se cumplan.”

En la sesión siguiente me cuenta que uno de los integrantes de su banda preferida, banda que durante muchos años formó “parte” de su identidad, ha sufrido un terrible accidente.

Mientras se desarrolla la sesión a la que llegó quince minutos tarde, suena el celular y Alejandra lo atiende. Durante un rato tuve la impresión de estar frente a un televisor donde se transmitía en vivo y en directo los acontecimientos que se sucedían en la puerta del hospital donde estaba internado “Gabriel”. Al finalizar la comunicación me dice que ella había dejado con total “conciencia” el celular encendido, que dudó en venir a la sesión pero que vino, ya que Mara, una amiga, prometió mantenerla informada. Le pregunto después de unos minutos “¿por qué no me avisaste que lo dejarías encendido?” Me dice “¿vos me hubieras dejado? y si me decías que no ¿que hacía?” No le contesté y su interrogante quedó abierto. Yo pensaba que seguramente si me lo hubiera solicitado le hubiera respondido que ella decidiera o conociendo las motivaciones seguramente hubiera aceptado. ¿Pero las reglas son para proponerlas “enseñarlas” y no utilizarlas? Toda regla puede tener excepciones pero ¿cómo delimitamos constantes que permitan definir cuándo estamos ante un acting out o una actuación contratransferencial, siendo conocido que sólo podremos concluir acerca de ello a posteriori de lo devenido a partir de la exploración del material transferencial de la sesión. ¿Qué responder entonces ante una pregunta que hace directamente a las reglas del setting en el inicio de la sesión?

2º La respuesta la encontró Alejandra luego de un tiempo en otra sesión: llega y antes de iniciarla me dice que ha decidido dejar encendido el celular, que me muestra y deja a su lado, mientras pasa a contar lo que la preocupaba y que precisamente tenía que ver con

su decisión de dejar encendido el mismo. A partir de esa y otras experiencias dejo más explícito aún el que “prefiero” el no uso de los mismos, para que cada paciente tome esta estipulación como algo a decidir y develar en su significado en el transcurso de la sesión.

II. 2 c Articulación del encuadre en psicoanálisis con otras disciplinas

A partir de Wittgenstein y su teoría de los juegos del lenguaje, C. Ríos en su trabajo “Encuadre y Sentido” (2002), señala que las reglas, consejos y recomendaciones de S. Freud, no son sólo prescripciones sino que constituyen reglas de juego en su conjunto y de este modo “el encuadre en la terapia psicoanalítica es tan fundamental en la definición de sentido como los discursos que son inherentes a la misma: asociación libre e interpretación”. El autor señala que “la plenitud de sentido (coherencia y pleno significado) depende de la articulación del texto y contexto (*setting*). Esta coherencia, sufre perturbaciones si surgen desacoples entre texto y contexto dando lugar a insuficiencias o incongruencias de sentido”.¹⁷

Este trabajo señala la importancia del mantenimiento del *setting* y alerta sobre posibles distorsiones de sentido si el mismo no toma en cuenta los “metacontextos sociales en que se desenvuelve su práctica”, se refiere a “la aceptación plena de las convenciones científicas, jurídicas, económicas con las cuales el psicoanalista no puede evitar convivir” ya que éstas contribuyen necesariamente “...al menos en forma mediatizada, como referente al otorgamiento de sentido”.

Coincido con Ríos y otros autores acerca de la necesidad del mantenimiento del *setting*, pero surgen interrogantes ¿es sólo en forma mediatizada que los distintos metacontextos se vuelven referentes del otorgamiento de sentido? ¿Mantener el *setting* sin introducir cambios no puede también conducir a distorsiones o insuficiencias de sentido? Estos interrogantes serán retomados más adelante.

¹⁷ La idea central de su trabajo es que “el encuadre otorga el nivel pragmático de la dimensión de sentido en la relación analítica” y explicita que inevitablemente las asociaciones libres del paciente se articularán con el sentido otorgado por el enfoque metapsicológico del encuadre que tiene cada analista.

II. 2 d Encuadre desde la teoría de los vínculos

Desde esta perspectiva teórica, basada no sólo en el análisis individual sino también con parejas y familias, Berenstein, I.; Puget, J. en su libro *Lo vincular* (1997) hacen referencias al tema del encuadre, desde sus ideas de la constitución del sujeto a partir de distintos vínculos en distintos espacios, que denominan intra, inter y transubjetivos.

El encuadre en una sesión desde esta perspectiva, produce lugares, con un tipo especial de producción entre paciente y analista donde es posible a partir de transferencias, contratransferencias e interferencias el pensar con otro. (Puget, J., 2005)¹⁸

Las prácticas vinculares encuentran realizaciones, cada vez más frecuentes, en los tratamientos de pacientes adolescentes a partir de las complejidades que vemos surgir, en ocasiones, entre el entrecruzamiento de sus problemáticas y su inserción y posibilidad de tramitación dentro del contexto familiar (Alejandra y sus padres).

III. PLASTICIDAD DEL ENCUADRE¹⁹

Los fragmentos de material presentados dan cuenta de ciertas problemáticas de la subjetividad que han sido también objeto de estudio desde otras disciplinas, la sociología, la historia, etc. Considero que, entre otros autores, algunas ideas de Zygmunt Bauman y de I. Lewkowicz - M. Cantarelli-Grupo Doce en su libro *Del fragmento a la situación* (2003) pueden ampliar nuestra mirada desde el psicoanálisis en relación al tema que nos ocupa, la situación analítica, en búsqueda de instrumentos para conceptualizar lo nuevo.

En un escenario donde la vida del sujeto parece andar sin rumbo determinado dado que la sociedad en la que está inserto no mantiene mucho tiempo la misma forma, despertando incertidumbres constantes y su correlato de sufrimiento mental en los adolescentes y no

¹⁸ Para esta autora el diseño de la situación analítica analizadas con anterioridad, conducentes a visualizar la relación transferencia-contratransferencia durante el desarrollo del proceso analítico, ofrecería las mejores condiciones, para *pensar en* qué le sucede al paciente a lo largo del desarrollo del proceso.

¹⁹ Plasticidad (definición): formas, situaciones, duraderas pero no definitivas o únicas. *Diccionario Enciclopédico* (2000).

adolescentes por supuesto, nos conduce a pensar que en la “situación” actual, la situación analítica requiere de procesos de construcción y deconstrucción para enfrentar las posibilidades ⇆ obstáculos en nuestra tarea, no sólo para hacerla posible sino también *adecuada* a nuestra actualidad.

El desafío reside en cómo construir una situación analítica, que requiere de puntos sólidos (contrato) que permitan: un *compromiso mutuo* en “una época de descompromiso, elusividad, huida fácil y persecución sin esperanzas”, una tarea de *responsabilidad* en donde “la instantaneidad significa buscar gratificación evitando consecuencias y particularmente las responsabilidades que esas consecuencias pueden involucrar”, y un proceso que requiere *tiempo* en un metacontexto donde “la duración deja de ser un valor y se convierte en un defecto”.²⁰

Estas características nos requieren de alguna *toma de posición* en los inicios al ponernos de acuerdo sobre las condiciones del tratamiento. Sabemos que este ponerse de acuerdo no sólo será de los inicios. El *arte* está en encontrar estos puntos sólidos de referencia.

Mantener la “forma” del contrato analítico en épocas de fluidez requiere de *imaginación y atención, interrogación y cuestionamiento permanente*. Estas condiciones nos son conocidas, ya que nos guían desde siempre en la exploración de la evolución transferencial, pero nos preguntábamos en la introducción, ¿cómo establecer el encuadre, para que se desarrolle un proceso analítico que contemple las características del nuevo metacontexto? Este tema por supuesto no resulta indiferente dado que sabemos que el encuadre propuesto, siempre será objeto de fantasías de significación transferencial pero lo que marca la diferencia es que en esas circunstancias, nuestras intervenciones no sólo se dirigen a poner de manifiesto dichas fantasías, sino que también tienden a *mantener o restablecer* el mismo (Alejandra y su celular).

El contrato en la situación analítica regula acerca de espacios de trabajo, de responsabilidades compartidas, a lo largo de años, deviniendo según Bleger (1975) en una institución. En la modernidad líquida, si “lo que hace a toda la diferencia” *es el cambio en las relaciones del espacio y del tiempo*, y esto hace a todas sus *características*, nos vemos necesitados de encontrar *situaciones* con capaci-

²⁰ Bauman, Z., 2002, *ibid.*

dad o posibilidad para poder pensar ²¹ acerca de las angustias del adolescente, por lo general evitadas o que toman otras modalidades o que son esencialmente otras, en las nuevas circunstancias (Lula y las instituciones: familia, colegio, ministerio; Alejandra y las leyes, “estudiarlas pero no se cumplen”).

Nuestras propuestas parecen dirigirse a construir nuevas formas, situaciones, duraderas pero no definitivas o únicas, que necesitan ser pautadas, coherentes y consensuadas entre paciente y analista –*plasticidad del encuadre*.

El encuadre analítico necesita de *puntos sólidos* para que la regla fundamental de la asociación libre -atención flotante, lo *permanente*, permita el desarrollo de un diálogo asimétrico, la evolución de la transferencia y contratransferencia para llevar adelante el proceso analítico. Pero las condiciones actuales requieren de puntos sólidos, *contrato*, que admitan cambios, encontrar variables que devengan constantes, pero no definitivas o únicas, para que el mismo resulte también *adecuado articulador entre el contexto y metacontexto o contexto amplio* en el que se desarrolla el proceso analítico. Esta propuesta tiende a evitar posibles divorcios entre el encuadre propuesto y el metaencuadre (metacontexto) en que realizamos nuestra tarea, que puedan conducir a insuficiencias o incongruencias de sentido o enmudecer ansiedades en él depositadas: de inseguridad, de incertidumbre, de desprotección (recordemos a Juan).

La actitud analítica del analista, su encuadre interno, a manera de inspiración le permitirá *pensar junto con cada paciente*, la formulación de un *contrato*, que haga posible la realización del proceso. Dentro del contexto amplio actual, la *situación analítica* recreada de *situación en situación* –*plasticidad del encuadre*–, permitirá una vez iniciado el proceso, o durante el mismo, alcanzar aquella atmósfera de intimidad en la cual el adolescente “vaya encontrando *sentido* a las experiencias emocionales que van surgiendo en su vínculo con el analista.”²²

²¹ En el libro *Del fragmento a la situación* (2003) I. Lewkowicz, M. Cantarelli y Grupo Doce plantean que en “un metacontexto neoliberal, regido por las leyes del mercado consumidor surgen fragmentación de los lazos sociales, la ausencia de sentido, con desprotección, incertidumbre, inseguridad, desprotección ya que no hay *instituciones* capaces de hacer algo respecto de las mismas”; se hace “*necesario la construcción de situaciones habitables, para pensar, que varían de situación en situación*” para “*ligar, afirmar, sostener, habitar, desacelerar, suspender*”.

²² D. Meltzer, 1967, *ibid*.

Para finalizar volveremos a Ana:

En su tercer año de análisis, (desde hacía un tiempo se recostaba en el diván), luego de haber ingresado a la carrera de Ciencias de la Educación, decide para sus próximas vacaciones realizar un viaje a EE. UU. para hacer un curso de inglés. Me dice que va estar ausente casi todo el mes de febrero y que “si pinta” a su regreso se iría unos días al campo con una amiga.

Acordamos y precisamos la fecha en que iba a retomar el análisis ya que no coincidían con las mías como en anteriores vacaciones. Pensamos juntas acerca del tema, dimos lugar a su duda y ella decidió tomando en consideración su posibilidad de extenderlas una semana más, reiniciar en la segunda semana de marzo. Precisamos la fecha –punto sólido– variable que devino en constante. Era un pensar juntas acerca del contrato, ante la interrupción más prolongada –vacaciones– en su “situación actual” y construir un encuadre dotado de plasticidad, que permitiese en su devenir contener y pensar acerca de las ansiedades surgidas ante la separación, luego durante el proceso.

Para la fecha acordada, Ana no viene y no me avisa durante dos sesiones, situación no habitual en su tratamiento. Luego de unos días la llamo a su casa y le dejo un mensaje en el contestador. Me responde y me dice “algo” durante la comunicación acerca de un tema a discutir, pero que piensa venir a la próxima. A la sesión siguiente falta nuevamente y luego retoma su ritmo habitual. En la sesión en que nos encontramos, me dice que faltó y no pudo avisarme porque se tuvo que ir a re-inscribir dado que surgieron los inconvenientes habituales de la inscripción por vía electrónica. “Te anotás pero para ellos, no existís, se les cayó el sistema o cualquier cosa y...” Relata sus vacaciones con entusiasmo y lo que había recorrido y al pasar, cuenta de su bronca con sus padres dado que algunas veces al llamarlos no los había encontrado y eso trajo problemas, porque entre las diferencias de horarios y su no saber nunca de antemano por “dónde andaría” empezó a mandarles e-mails o nada y “se armó”.... No surgió manifiestamente el tema que quería discutir conmigo. El mismo había quedado postergado.

No me voy a detener en las obvias motivaciones de sus ausencias, que fueron trabajadas en esa y siguientes sesiones.

Sí me voy a detener en lo que sobrevino, la discusión postergada. Al finalizar marzo me pregunta casi al final de una sesión, cuántas sesiones habían sido (desde hacía mucho tiempo era ella quien se

hacía cargo del registro del número de sesiones y de avisar a sus padres el monto de los honorarios).

Le pregunté cuál era su duda, me dice “ no, como hablamos que por ahí, si pintaba, me tomaba una semanita más para ir al campo ...bueno al fin no me fui, anduve por aquí pero...” Le recuerdo que sí lo habíamos pensado, incluyendo esa posibilidad y que acordamos que retomaría la segunda semana de marzo. Es decir que el número de sesiones eran las que había a partir de ese momento que habíamos estipulado juntas.

Al comienzo de la siguiente sesión, me paga los honorarios y me cuenta una experiencia que recién había atravesado. “Con Marina decidimos regalarle a Mariana algo hecho por las dos: pintarle algo para su cuarto ya que recién se mudó. Bueno vos sabés que yo pinto y me gusta, pero nunca compro antes lo que voy a usar, sino que después que tengo la idea voy y listo. Pero con Marina no pudo ser, claro teníamos que ponernos de acuerdo y fuimos a comprar entre las dos los elementos ya que tenemos poco tiempo y quién sabe qué día o a qué hora lo haremos, ni qué haremos, así que compré cosas que nunca se me hubieran ocurrido y más, pienso que algunas no las vamos a usar, pero sin saber lo que vamos a pintar y pagando a medias las cosas, acepté, era razonable...”

De los múltiples significados transferenciales quiero rescatar, que para Ana el encuadre le permite ir al encuentro de un espacio para “pintar su mundo interno”, que se va haciendo sin saber, y esto requiere un ponerse de acuerdo para pensar juntas, aceptando diferencias y responsabilidades compartidas.

Creo que el diseño o construcción de una situación analítica, con encuadres dotados de plasticidad, permiten en medio de la fluidez, encontrar puntos sólidos a partir de los cuales poner en evidencia las vicisitudes del proceso: en Ana un *acting out* frente a las vacaciones.²³

²³ Este trabajo es una re-elaboración de una conferencia dictada en el Departamento de Niños y Adolescentes de APdeBA el 12 de Abril de 2006. Agradezco al Dr. Alfredo Bergallo la lectura atenta tanto como sus comentarios respecto de aquella presentación.

BIBLIOGRAFIA

- BARUGEL, N. "Orfeo o el no mirarás: algunas reflexiones cerca de la regla de abstinencia". Ateneo de APdeBA, 1994.
- "El lugar del sujeto en la edad moderna y su relación con el psicoanálisis." Monografía (no publicada) Maestría en Cultura y Salud Mental, IUSAM, 2007.
- BAUMAN, Z. (2002) *Modernidad Líquida*. Fondo De Cultura Económica.
- (2005) *Amor Líquido*. Fondo de Cultura Económica.
- (2006) *Vida Líquida*. Editorial Paidós.
- BERENSTEIN, I.; PUGET, J. (1997) *Lo Vincular*. Editorial Paidós.
- BLEGER, J. (1975) *Simbiosis y ambigüedad*. "Psicoanálisis del Encuadre Psicoanalítico". Editorial Paidós.
- CARLINO, R. (2002) "Fronteras de Llegada vs. Fronteras de Salida". XXIV Simposio de APdeBA.
- Diccionario Enciclopédico (2000) *El Pequeño Larousse Ilustrado*. Ediciones Larousse.
- DONNET, J. L. "De la regla fundamental a la situación analizante". *Rev. Psicoanálisis*. APdeBA 2001, Vol. XXIII, Nº 1 (2).
- ETCHEGOYEN, R.H. (1986) *Los Fundamentos de la Técnica Psicoanalítica*. Ed. Amorrortu.
- FREUD, S. (1912) Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. Tomo XII. *Obras Completas*, Editorial Amorrortu, Bs As 1980.
- (1913) Sobre la iniciación del tratamiento. Tomo XII. *Obras Completas*. Editorial Amorrortu, Bs As 1980.
- FRAIGNE DE GALLO, M. C.; GALLO, A.; MANTYKOW DE SOLA, B. "Encuadre, actitud analítica y contratransferencia". *Rev. Psicoanálisis*. APdeBA 2004, Vol. XXVI Nº 1.
- HARRIS, M.; MELTZER, D. (1990) *Familia y Comunidad*. Editorial Spatia.
- KURAS DE MAUER, S.; MOSCONA, S.; RESNIZKY, S. "La angustia en la cultura del malestar". XXIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis de FEPAL Gramado 2000.
- LEVI, B. M. "Para un psicoanálisis del proceso psicoanalítico: encuadre, proceso y no proceso". *Revista de Fepal*, Cap. 3, 2002.
- LEVIN, R. "La sexualidad infantil en el contexto del descubrimiento Freudiano y en la actualidad". *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, Vol. 6, 2004.
- LEWKOWICZ, I. (2004) *Pensar sin Estado*. Editorial Paidós.
- LEWKOWICZ, I.; CANTARELLI, M.; GRUPO DOCE (2003) *Del Fragmento a la Situación*. Editorial Altamira.

- LIBERMAN, D. (1970) *Lenguística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. Editorial Galerna. Bs. As.
- MANTYKOW DE SOLA, B. "El amigo Intimo de la adolescencia: su lugar en el proceso psicoanalítico". *Rev. Psicoanálisis*, APdeBA, Vol XIII, Nº 3, 1991.
- MELTZER, D. (1996) *El Proceso Psicoanalítico*. Editorial Lumen- Horme.
- MELTZER, D.; HARRIS, M. *Adolescentes 2º Parte* "Seminarios de Novara". Editorial Spatia. 1999.
- MOGUILLANSKY, R. " La sexualidad y los enunciados de fundamento de la cultura". Ateneo de APdeBA, Abril 2007.
- PUGET, J. "Pensar Solo Pensar con Otro". Conferencia Dto. de Pareja y Familia de APdeBA Octubre 2005.
- RÍOS, C. "Identidad Amenazada". Relato en el XIX Simposio de ABdeBA 1997
- "Encuadre y Sentido". Ateneo de APdeBA 2002.
- RÍOS, C.; RIMOLDI, R. "El objeto combinado y el encuadre". XVII Simposio de APdeBA, 1995.
- THEODORO DE ZIRLINGER, A. "La práctica del psicoanálisis en la actualidad". Una investigación sobre escritos clínicos teóricos Ateneo de APdeBA, 2006.
- ZAC, J. (1971) " Un enfoque metodológico del encuadre". *Rev de Psicoanálisis*, XXIII, Nº3.

Berta Mantykow de Sola
Sánchez de Bustamante 2216, 7º "A"
C1425DUT, Capital Federal
Argentina